

exclamó: «¿Romanos, se que hacéis un momento contemplabais con admiración marchando entre vosotros triunfante y ostentando gloriosos despojos, ¿podréis verle atado al poste infame, azotado y muerto? Los mismos albanos no podrían soportar tal espectáculo. Acércate, lictor; ata las manos que armadas poco ha acababan de darnos el imperio; acércate, cubre la cabeza del libertador de Roma; cuélgale del árbol fatal; azótale en la ciudad si quieres, con tal que sea delante de estos trofeos y despojos; llévale fuera de la ciudad, con tal que sea entre las tumbas de los Curiacios. ¿Dónde le llevaréis que no se alcen los monumentos de su gloria ante el horror de su suplicio?» Vencido el pueblo, tanto por las lágrimas del padre como por la intrepidez del hijo, igualmente sereno ante todos los peligros, absolvió al culpable; moviéndole á esta gracia antes la admiración que inspiraba su valor que la bondad de su causa. Sin embargo, para que tamaño crimen no quedase sin expiación, mandó al padre que rescatase al hijo pagando una multa. Después de algunos sacrificios expiatorios, cuya tradición conservó la familia de los Horacios, el anciano colocó á través de la calle una vigueta, á manera de yugo, bajo el cual hizo pasar á su hijo con la cabeza cubierta. Aquella vigueta, conservada y cuidada á perpetuidad por orden de la república, existe todavía, llamándose el Poste de la Hermana, y en el paraje donde cayó muerta alzóse una tumba de piedra labrada.

No fué muy duradera la paz con los albanos, careciendo el dictador de la firmeza necesaria para resistir el odio popular, que le censuraba haber abandonado la suerte pública á tres guerreros; y porque el resultado defraudó sus buenos propósitos, recurrió á la perfidia para recobrar el favor del pueblo, y así como buscó la paz en la guerra, buscó la guerra en la paz. Pero vien-

do en los suyos más valor que fuerza, apeló á otros pueblos, excitándoles á declarar la guerra á Roma y á hacérsela abiertamente, reservando á los suyos el papel de traidores. Los fidenatos, colonia romana, trajeron á los veyos á la trama, y alentados por las seguridades que les daba Metto, que prometía unirles, empuñaron las armas y se prepararon á la guerra. Cuando estalló ésta, Tulo llamó á Metto con su ejército, marchó contra los enemigos, cruzó el Anio y acampó en la confluencia de este río con el Tiber. Los veyos habían atravesado el Tiber entre este punto y la ciudad de Fidenas, formando sus gentes el ala derecha, que se extendía por las orillas del río; á la izquierda estaban los fidenatos, más cerca de las montañas. No era Metto más valiente que fiel, por lo que no atreviéndose á guardar el punto que le habían confiado ni á pasarse abiertamente al enemigo, acercóse poco á poco á las montañas. Cuando se consideró bastante alejado de los romanos mandó detenerse á los suyos; y no sabiendo ya qué hacer, desplegó sus columnas, proponiéndose llevar su auxilio allí donde se mostrase la fortuna. Los romanos, que conservan su posición, extrañan aquel movimiento, que les dejaba descubierto un flanco, y muy pronto llega á la carrera un jinete á decir á Tulo que los albanos se retiran. Aterrado Tulo, hace votos de consagrar á Marte doce sacerdotes salios y de construir un templo á la Palidez y al Pavor. En seguida mandó al jinete con voz amenazadora y bastante fuerte para que le oyese el enemigo, que volviese al combate y no temiese, que los albanos ejecutaban aquel movimiento por orden suya para cortar á los fidenatos. En seguida le manda que los jinetes tengan levantadas las lanzas. Esta hábil evolución evitaba que la mayor parte de los peones romanos viesen la retirada de los albanos; y los que la habían observado, enga-

ñados por las palabras del rey, que creían verdaderas, combaten con mayor denuedo. Apodérase el terror de los fidenatos, habiendo oído y comprendido de la misma manera la respuesta del rey, porque muchos de ellos, habiendo partido de Roma para fundar la colonia, conocían la lengua latina. Temiendo que bajando bruscamente de la altura los albanos les cortasen el camino de su ciudad, volvieron la espalda, declarándose en fuga. Persíguelos Tulo, derrota al cuerpo de los fidenatos y vuelve con mayor brío contra los veyos, aturdidos ya por la derrota de sus aliados. Los veyos, no pudiendo sostener el empuje, se desbandan y huyen, pero el río que corre á su espalda les detiene. Al llegar á la orilla unos arrojaban cobardemente las armas y se lanzaban ciegos al agua; otros, vacilando entre la fuga y el combate, son muertos en medio de sus vacilaciones. En ninguna batalla habían derramado los romanos tanta sangre enemiga.

El ejército albanos, que hasta entonces se mantuvo espectador de la batalla, bajó al llano, y Metto felicitó á Tulo por su victoria, agradeciendo bondadosamente Tulo sus palabras. Para asegurar el éxito de la jornada, el rey de los romanos mandó á los albanos que reuniesen su campamento con el de los romanos, disponiendo para el día siguiente un sacrificio lustral. En cuanto amaneció y todo estuvo dispuesto, convocó, según costumbre, á los dos ejércitos en asamblea general. Los heraldos comenzaron á llamar por las últimas filas, haciendo que los albanos avanzasen los primeros. Curiosos éstos por contemplar lo que iba á suceder y escuchar la arenga del rey de los romanos, acercáronse mucho á él. La legión romana, completamente armada, les rodeó, teniendo orden los centuriones de ejecutar en el acto cuanto se les mandase. Entonces comenzó á hablar Tulo: «Romanos, si alguna vez, y en alguna gue-

rra habéis debido dar gracias, primero á los dioses inmortales y después á vuestro valor, ha sido en la batalla de ayer. Porque habéis tenido que defenderos, no solamente contra las armas de vuestros enemigos, sino que, cosa mucho más peligrosa, contra la traición y perfidia de vuestros aliados; porque, para que no permanecáis más tiempo en el engaño, sabed que yo no había mandado á los albanos que ocupasen la montaña. Verdad es que fingí haberlo dispuesto, pero lo hice por prudencia y por no desalentaros, revelándoos la deserción de Metto; también obré así para asustar al enemigo y desordenarle haciéndole creer que iba á ser envuelto. No acuso á todos los albanos, que no han hecho más que obedecer á su jefe, como vosotros me hubieseis obedecido si hubiera cambiado mis órdenes. Metto solo ha dirigido el movimiento; Metto, el promovedor de esta guerra; Metto, el violador del pacto que habían jurado las dos naciones. Pero quiero que en adelante se imite su ejemplo, si no doy yo en su persona y en este día elocuente lección á los mortales.» Dicho esto, los centuriones armados rodearon á Metto, y Tulo continuó: «Para bien, gloria y felicidad del pueblo romano, y para la tuya también, pueblo albanos, he decidido trasladar á Roma todos los habitantes de Albano, dar el derecho de ciudadanía al pueblo y hacer senadores á los magnates; en una palabra, hacer de las dos una sola ciudad y una sola república. En otro tiempo se dividió Albano en dos pueblos, y ahora se fundirá en uno solo.» Al oír esto los albanos inermes, rodeados por el ejército armado, experimentaron diferentes sentimientos; pero contenidos por el terror, guardaron silencio. Tulo continuó diciendo: «Metto Suffecio, si pudieses aprender aún á guardar fe en los tratados, te dejaría vivir para que recibieses esta lección; pero como tu carácter es inmutable, que tu suplicio enseñe á los hombres á creer en

la santidad de las leyes que has violado. De la misma manera que has dividido tu corazón entre Roma y Fidenas, así será dividido tu cuerpo.» Trajeron en seguida dos cuadrigas, y Tulo mandó atarle á ellas; lanzados en seguida en opuesta dirección los caballos, arrastraron los carros los desgarrados y sangrientos miembros de Metto. Todos apartaron los ojos de aquel espectáculo horrible, que fué el primero y el último entre los romanos, de un suplicio en que se despreciaron las leyes de la humanidad. Gloria es de los romanos haber preferido siempre castigos más suaves.

Entretanto habían mandado ya á la caballería para atraer á Roma todos los habitantes de Albano; llevando en seguida las legiones para destruir la ciudad. Estas no vieron al entrar el tumulto y agitación que ordinariamente reinan en las ciudades conquistadas cuando se abren las puertas, derribadas las murallas con el ariete y tomada por asalto la fortaleza; cuando el enemigo lanza gritos de muerte, corre y se extiende por las calles, llevándolo todo á sangre y fuego; silencio triste y sombrío dominaba todos los ánimos, no sabiendo qué tomar ni qué dejar, porque el temor les había quitado el discernimiento. Preguntábanse unos á otros: éstos quedaban inmóviles en sus umbrales; aquéllos vagaban á la ventura, hasta dentro de sus casas, para verlas por última vez. Mas cuando la amenazadora voz de los jinetes les mandaba salir; cuando por toda la ciudad resonó el fragor de los techos que caían; cuando el polvo que por todas partes se alzaba de las ruinas cubrió el espacio con densa nube, cada cual cogió apresuradamente lo que pudo y se alejó, abandonando sus labores, sus penates y el techo bajo que había nacido y vivido. Grupos de emigrantes llenaban las calles, provocando sus lágrimas el espectáculo de la común desgracia; oíanse también lamentos, especialmente de las mu-

jerías, cuando al pasar, veían los templos destruidos por los soldados y como en cautividad los dioses. En cuanto salieron los albanos, los romanos destruyeron indistintamente los edificios públicos y las casas particulares. Hacía cuatrocientos años que existía Albano, y una hora bastó para que quedase arruinada. Los templos de los dioses, conforme había mandado Tulo, quedaron en pie.

Roma aumentaba á expensas de Albano y duplicaba el número de sus habitantes. Añádese á la ciudad el monte Celio, y para atraer la población Tulo construyó allí su palacio (1), fijando en él su morada. Quiso también que el Senado participase del engrandecimiento de la república, y dió entrada en él á los Tulios, Servilios, Quincios, Geganios, Curiacios y Clelios. Como el Senado era ahora más numeroso, construyó Tulo un palacio para sus reuniones, al que todavía se le llama hoy Hostilio. En fin, para que la unión del nuevo pueblo aprovechase en cierto modo á todos los órdenes del Estado, creó diez turmas de caballería, formadas exclusivamente de albanos. También completó las legiones antiguas y formó otras nuevas, sacándolas de los mismos albanos. Confiando entonces en sus fuerzas, declaró la guerra á los sabinos, el pueblo más importante de aquella época y el más guerrero después de los etruscos. Quejábanse los dos pueblos de recíprocas ofensas, por las que inútilmente se había pedido reparación de una y otra parte. Decía Tulo que cerca del templo de Feronia habían sido detenidos algunos mercaderes romanos en pleno mercado; y los sabinos se quejaban de que algunos conciudadanos suyos habían sido presos en Roma á pesar de haberse refugiado en el

(1) Tulo, de origen etrusco, construyó su palacio en el paraje mismo que ocupaban los *Luseras*, es decir, las familias etruscas que vinieron á Roma bajo el primer rey.

bosque sagrado. Tales eran los pretextos de la guerra. No habiendo olvidado los sabinos que Tacio llevó a Roma una parte de sus fuerzas, y que el poder romano acababa de aumentarse con la reunión de los albanos, buscaron auxilios en derredor. Encontrándose vecinos de la Etruria, confinaban con el territorio de los veyos, quienes, irritados todavía con el recuerdo de antiguas derrotas, sentíanse muy propicios á una ruptura. Sin embargo, los sabinos no pudieron conseguir de ellos más que algunos voluntarios, y por dinero algunos aventureros de la hez del pueblo. La ciudad no les suministró ningún socorro, y (lo que hubiese sido menos de notar en otro pueblo) el respeto á la tregua ajustada con Rómulo detuvo á los veyos. Hacíanse grandes preparativos por ambas partes; pero como el éxito podía depender en gran manera de la rapidez con que se adelantasen al enemigo, Tulo invadió el territorio de los sabinos. Trabóse sangriento combate cerca de la selva Maliciosa, sirviendo poderosamente á los romanos la solidez de los infantes, y sobre todo el reciente aumento de su caballería, que cayendo repentinamente sobre los sabinos los desordenó, no pudiendo resistir el choque, rehacerse ni abrirse paso para huir, sin grandes pérdidas.

Saboreaba Roma los frutos de esta victoria, tan gloriosa para el reinado de Tulo y tan fecunda para ella, cuando anunciaron al rey y á los senadores que había caído sobre el monte Albano una lluvia de piedras. Como no se daba crédito á este prodigio, mandaron gentes que se cerciorasen sobre el terreno. Los encargados de esta misión vieron efectivamente caer del cielo considerable cantidad de piedras, tan espesas como el granizo cuando el viento lo arroja á la tierra. También les pareció escuchar que brotaba del monte sagrado, en la cumbre de la montaña, una voz vibrante que mandaba á

los albanos hacer sacrificios según el rito de su patria; porque habían descuidado este deber, como si al salir de su ciudad hubiesen abandonado sus dioses, bien para adoptar los de los romanos, bien por desprecio de toda religión, efecto ordinario del disgusto en la adversidad. Los romanos por su parte, en expiación de aquel prodigio, celebraron sacrificios públicos que duraron nueve días; y sea que la voz sagrada del monte Albano, según refiere la tradición, hubiese ordenado aquel uso, sea que los aconsejasen los arúspices, lo cierto es que se conservó y que se celebraban fiestas durante nueve días, siempre que se repetía igual prodigio. Poco tiempo después quedó desolada Roma por efecto de una enfermedad pestilente que inspiró á todos profundo disgusto por la guerra. Pero el belicoso Tulo no les daba punto de reposo, considerando más propicia para la robustez del cuerpo la permanencia en los campamentos que en la ciudad. Al fin experimentó él mismo los efectos de la enfermedad, y la debilitación de sus fuerzas calmó aquel ánimo turbulento; pasando de pronto aquel príncipe que consideraba indigno de él ocuparse de religión á supersticiones hasta las más frívolas, llenando la ciudad de ceremonias religiosas. A ejemplo suyo, volviendo los romanos á las costumbres que señalaron el reinado de Numa, creyeron que el único remedio para sus males era calmar y hacer benignos á los dioses. Hasta se llegó á decir que habiendo encontrado Tulo, registrando los libros de Numa, el relato de algunos sacrificios secretos, establecidos en honor de Júpiter Elicio, se ocultó para entregarse á aquellas ceremonias misteriosas; pero que habiendo olvidado en los preparativos ó en la celebración algunos ritos esenciales, no evocó la sombra de ninguna divinidad, y que irritado Júpiter por aquellas profanaciones, hirió con un rayo al rey y á su palacio abrasándolos á los

dos (1). Tulo reinó treinta y dos años con brillante gloria militar.

Después de la muerte de Tulo, pasó la autoridad, según costumbre, á manos de los senadores, y éstos nombraron un interrey. Reunidos los comicios, fué elegido rey por el pueblo Anco Marcio, ratificando el senado la elección. Este rey era nieto de Numa, siendo hijo de una hija de éste. En cuanto comenzó á gobernar, recordando la gloria de su abuelo y considerando cuán desgraciado había sido el reinado anterior, no obstante su brillo, bien por la indiferencia que mostraba Tulo hacia las ceremonias religiosas, bien por las modificaciones que experimentaron éstas, consideró imperioso deber reintegrarlas en su primitiva pureza, y mandó al pontífice escribiese los preceptos en blancas tablillas (2), ateniéndose á los textos de Numa, y exponerlas al público. Este principio hizo esperar á los ciudadanos sedientos de reposo y á las repúblicas vecinas que el nuevo rey imitaría las costumbres y el gobierno de su abuelo. Por esta razón los latinos, que se habían ligado á Tulo por un tratado, abandonaron su inacción y recobraron valor, haciendo irrupciones en territorio romano, y contestando con arrogancia á los legados que les mandó pidiendo satisfacción; porque creyeron que el indolente Anco pasaría su vida en los templos y delante de los

(1) Según otros relatos, encontrándose enfermo Tulo, fué asesinado por Anco Marcio y sus partidarios, quienes incendiaron el palacio para ocultar mejor el crimen.

(2) El *album*, donde se promulgaban las disposiciones de la autoridad pública, lo define Servio *tabula dealbata*, lo que da á entender que estas inscripciones se hacían en madera pintada de blanco. Muchas veces también, y principalmente en la antigüedad griega, se ponían las inscripciones en la pared, según se comprende de varias frases de Platón y de Demóstenes y por el ancho muro destinado á este uso que se ve todavía en Pompeya.

altares. Pero Anco unía el carácter de Numa al de Rómulo y comprendía perfectamente que si su abuelo necesitó la paz para civilizar una nación nueva que tenía costumbres tan rudas, difícilmente podría conseguir igual resultado sin soportar injurias. Comenzaban por tantear su paciencia, y concluirían por despreciarle; los tiempos exigían un Tulo y no un Numa. Pero éste había creado instituciones religiosas para la paz, y Anco las creó para la guerra: dispuso, pues, que se estableciese un rito especial que rigiese las formas y conducta que habían de seguirse en la declaración de hostilidades. Tomó de los equícolas (1), antiguo pueblo de la Italia, muchos usos suyos, que son los mismos que observan actualmente los faciales en sus reclamaciones. Llegado el facial al límite del territorio de los agresores, se cubre la cabeza con un manto de lana, y dice: «Oye, Júpiter; oíd, habitantes de esta frontera (y nombra el pueblo á que pertenece); oye tú también, justicia; yo soy el legado del pueblo romano, y vengo encargado por él de una misión justa y piadosa; que se dé fe á mis palabras.» Expone en seguida las ofensas, y tomando á Júpiter por testigo, añade: «Si yo, el legado del pueblo romano, violo las leyes de la justicia y de la religión al pedir la restitución de esos hombres y de

(1) Creíase que Numa estableció los Faciales, tomando la institución de los griegos. Mas parece que desde los tiempos más antiguos los tenían los pueblos de Italia, especialmente los albanos y los samnitas. Generalmente se creía que los equícolas eran los autores de las fórmulas que constituían en cierto modo el derecho de los Faciales, atribuyendo Valerio su redacción á Sertor Resius. «*Ab Equiculis Sertorem Resium, qui primus jus faciale instituit.*»

Los equícolas, llamados también *Equi*, *Equani*, *Equiculani*, constituían una raza agreste de montañeses establecidos en las dos riberas del Anio, entre los Manos, los Peliñinos y los Sabelios.

estas cosas, no permitáis que vuelvan á ver mi patria. Esta fórmula la recita al atravesar la frontera; la dice al primero que encuentra, la repite al entrar en la ciudad enemiga y también á su llegada á la plaza pública, aunque cambiando algo la entonación ó las palabras del juramento. Si pasados treinta días, plazo prescrito solemnemente, no obtiene satisfacción, declara la guerra con esta fórmula: «Escucha, Júpiter; y tú Juno, Quirino, y vosotros todos dioses del cielo, de la tierra y del inferno, escuchad: yo os tomo por testigos de la injusticia de este pueblo (y lo nombra) y de su negativa para restituir lo que no le pertenece. Pero los ancianos de mi patria deliberarán acerca de los medios de reconquistar nuestros derechos.» El legado regresa en seguida á Roma para que se delibere, y el rey comunicó inmediatamente el asunto á los senadores en estos términos, sobre poco más ó menos: «Los objetos ofensivos y causas que el heraldo del pueblo romano, hijo de Quirino, ha pedido, expuesto y debatido ante el heraldo y el pueblo de los antiguos latinos, y cuya restitución, reparación y solución esperaba, no han sido restituidos, reparados ni resueltos: dime, pues, preguntaba al primero á quien se dirigía, lo que piensas.» Y este respondía entonces: «Creo que la guerra es justa y legítima para hacer valer nuestros derechos, y doy pleno y completo consentimiento.» De esta manera se interrogaba á cada uno, y si la mayoría la votaba, quedaba decidida la guerra. Entonces el fiscal marchaba á la frontera del pueblo enemigo, llevando un dardo de hierro ó un asta endurecida al fuego y ensangrentada, y allí, delante de tres mancebos por lo menos, decía: «Puesto que los antiguos latinos, pueblos y ciudades, han obrado en contra del pueblo romano, hijo de Quirino, ofendiéndole; el pueblo romano, hijo de Quirino, ha ordenado la guerra contra los antiguos latinos; el sena-

do del pueblo romano, hijo de Quirino, la ha consentido, dispuesto y decretado; y yo y el pueblo romano la declaramos á los antiguos latinos, pueblos y ciudades; y rompí las hostilidades.» Y al decir esto, lanzaba el dardo al territorio enemigo. Estas formalidades se pusieron en juego en las reclamaciones dirigidas á los latinos y en la declaración de guerra, costumbre que se ha observado constantemente después.

Habiendo Anco dejado encargado á los flamines y demás sacerdotes el cuidado de los sacrificios, marchó á la cabeza de su ejército, recientemente formado, en contra de Politorio, ciudad de los latinos, tomándola por asalto. Siguiendo el ejemplo de sus antecesores, que engrandecieron la república otorgando el derecho de ciudadanía á los enemigos vencidos, mandó trasladar á Roma á todos los habitantes; y como los antiguos romanos habían construido sus moradas alrededor del monte Palatino, los sabinos sobre el Capitolio y en la fortaleza y los albanos en el monte Celio, designó el monte Aventino á los nuevos habitantes. Allí colocó también á los ciudadanos de Telená y de Ficana, cuando los romanos se apoderaron de estas dos ciudades. Pero muy pronto tuvieron que atacar otra vez á Politorio, que habían recobrado los antiguos latinos, después que la abandonaron sus habitantes, arrasándola ahora por temor de que sirviese otra vez de refugio á los enemigos de Roma. Reconcentrada al fin la guerra delante de Medulia, por algún tiempo estuvieron equilibradas las probabilidades de triunfo, permaneciendo indecisa la victoria porque la ciudad era fuerte, estaba bien abastecida y tenía numerosos defensores; además, el ejército latino, acampado en la llanura, trabó repetidos combates con los romanos. Pero Anco, reuniendo todas sus tropas, hizo el último esfuerzo; quedando vencidos los latinos en batalla campal. Apoderándose de

considerable botín, regresó á Roma, donde concedió los derechos de ciudadanos á muchos millares de latinos, á los que estableció cerca del templo de Venus Murcia (1), como para reunir los montes Palatino y Aventino. También se reunió á la ciudad el Janículo, no por falta de terreno, sino para poner á cubierto de toda sorpresa aquella posición. Consiguióse esto, no solamente por medio de una larga muralla que se unía á las casas, sino que también por un puente de madera, construído sobre el Tíber y que facilitaba el paso entre las orillas. El foso de los *Quirites*, tan á propósito para evitar el acceso por el lado de la llanura, es también obra de Anco. Cuando tan prodigiosamente hubo aumentado Roma, era muy difícil distinguir entre los ciudadanos buenos y malos, en medio de aquella inmensa multitud, multiplicándose los crímenes más desconocidos. Con objeto de infundir terror y contener los progresos de la perversidad, mandó construir Anco, en el centro de la ciudad, una prisión que dominaba el Foro. Bajo este reinado se ensancharon las fronteras de Roma tanto como la ciudad misma: tomósela á los reyes la selva Mæsia, extendiéndose el imperio hasta el mar; construyóse Ostia en la desembocadura del Tíber, estableciéronse salinas en derredor de esta ciudad y se agrandó el templo de Júpiter Feretriano, en muestra de gratitud por los últimos triunfos.

Durante el reinado de Anco vino á Roma un extranjero activo y rico, llamado Lucumón (2), moviéndole

(1) Murcia era una diosa latina identificada con Venus y cuyo templo estaba situado sobre el Aventino. Algunos creen que este nombre de Murcia equivalía á *Mirtea* y viene de que cerca del templo de Venus, en el Aventino, había un bosque de mirtos. Otros lo creen derivado de una palabra siracusana, que significa delicado, y algunos de *murcidus*, blando, perezoso.

(2) Este era el nombre del magistrado supremo de cada una de las doce ciudades que formaban las confederaciones

la ambición y esperanza de obtener los honores que le negaban en Tarquinia, donde también era extranjera su familia. Su padre, Demarato, obligado á huir de Corinto por consecuencia de disturbios civiles, se refugió casualmente en Tarquinia, donde casó y tuvo dos hijos, Lucumón y Arous. Lucumón sobrevivió á su padre, cuya herencia recogió él solo, habiendo muerto antes Arous, dejando á su esposa encinta. Demarato, que le siguió á poco, ignorando la preñez de su nuera, no mencionó á su nieto en el testamento; de suerte que, habiendo nacido el niño después de la muerte de su abuelo, no recibió parte alguna de la herencia, quedando reducido á tal miseria, que le dieron el nombre de Egerio. Lucumón, heredero de las riquezas del padre, hinchóse de orgullo, que su esposa Tanaquil se esforzó en aumentar. Descendiendo de elevada alcurnia, Tanaquil no estaba dispuesta á aceptar un enlace que la rebajase; no pudiendo soportar el desprecio de los etruscos hacia Lucumón, hijo de un extranjero, de un proscrito, y más atenta al encumbramiento de su esposo que al amor á su patria, decidió abandonar á Tarquinia; pareciéndole más ventajosa la residencia en Roma. Esperaba aquella mujer que, en un pueblo nuevo, donde la nobleza era reciente y fruto del mérito personal, un hombre valeroso y activo como Lucumón se distinguiría muy pronto. Tacio y Numa, siendo los dos extranjeros, habían reinado en Roma; hasta habían ido á Cures á ofrecer el imperio á Numa; Anco era hijo de una sabina y no tenía otra nobleza que la sola imagen de Numa (1). Poco trabajo le

etruscas; pero muchas veces lo emplean los historiadores romanos como nombre propio, como por ejemplo, en el actual pasaje.

(1) Dice con esto Tito Livio que la nobleza de Anco solamente databa de Numa, que en su genealogía no podía contar más que un grado, ni presentar más que una imagen. Sabido

costó persuadir al ambicioso Lucumón, que por otra parte estaba muy poco adherido á su patria, á la que sólo pertenecía por su madre. Marcharon, pues, á Roma con sus riquezas, y cuando se acercaban al Janículo, Lucumón sentado en su carro y á su lado Tanaquil, un águila descendiendo lentamente le quitó el gorro; alzando el vuelo en seguida y cerniéndose á la vez que lanzaba estridentes gritos, como si los dioses se lo mandasen, descendió otra vez y colocó el gorro sobre la cabeza de Lucumón. Hecho esto, remontó y se perdió entre las nubes. Sabiendo Tanaquil, como todos los etruscos, explicar los prodigios celestiales, recibió, según dicen, aquel presagio con profunda alegría: abrazó á su esposo, quiso que alentase magníficas esperanzas; que considerase la clase del ave, la región del cielo de que había descendido y el dios á quien servía de mensajera: añade que el prodigio se ha realizado sobre la parte más elevada del cuerpo, y que el adorno con que los hombres se cubren la cabeza solamente ha sido arrebatado un momento para ser devuelto en seguida por voluntad de los dioses. Dominados por estas ideas entraron en Roma y compraron una casa. Lucumón tomó el nombre de Tarquino Prisco, haciendo sus riquezas y su calidad de extranjero que los romanos se fijasen muy pronto en él, esforzándose él mismo en ayudar á la fortuna, conciliándose la benevolencia con su afabilidad, generosa hospitalidad y los favores con que procuraba atraerse á todos. Al fin llegó su nombre hasta el rey, y una vez conocido por éste, no tardó en granjearse su amistad, por sus delicados modales y su habilidad en el desempeño de los cargos que le confiaban. Cuánta importancia daban los romanos al *jus imaginum*, dado por las magistraturas curules. Esta institución debía existir ya en tiempo de Tarquino el Viejo, porque el derecho de las imágenes parece remontar al establecimiento del Patriciado.

ron: pertenecía á todos los consejos públicos y privados y le consultaban acerca de la guerra y de la paz. Después de haberle experimentado en todos sentidos, el rey le nombró en su testamento tutor de sus hijos. Anco reinó veinticuatro años, siendo tan grande como sus predecesores, tanto en la paz como en la guerra. Sus hijos frisaban ya en la pubertad, y por lo mismo insistía vivamente en la necesidad de elegir nuevo rey. Cuando se convocaron los comicios tenía alejados á los príncipes so pretexto de una cacería; siendo el primero, según se dice, que se atrevió á solicitar abiertamente el trono y á arengar al pueblo para obtener sus votos. «La petición no carecía de ejemplo, decía, y no era él el primero, lo que por otra parte podía sorprender é indignar á todos, sino el tercer extranjero que pretendía el imperio. Tacio no solamente era extranjero, sino enemigo, y sin embargo fué elegido rey. Numa ni siquiera conocía á Roma, y sin embargo se le llamó para que reinase en ella, sin que se le ocurriese pedirlo. En cuanto á él, vino á Roma cuando pudo obrar según su albedrío, trayendo á su esposa y toda su riqueza; cuando llegó á la edad en que el hombre puede prestar servicios útiles al Estado, había vivido más en Roma que en su antigua patria: que en las cosas de la paz como en las de la guerra había aprendido las lecciones de un gran maestro, el rey Anco, debiéndole el conocimiento de las leyes y de la religión de Roma. Había rivalizado con todos los ciudadanos en su adhesión y respeto al rey, y con el mismo rey, en bondad con todos los ciudadanos.» Como todo cuanto decía era cierto, el pueblo le otorgó unánimemente el imperio. Este hombre, tan notable por otra parte, ostentó en el trono la misma ambición que le había llevado á él. Tan solícito por asegurar su autoridad como para ensanchar los límites de su reino, nombró cien senadores nuevos, de-



signados después con el nombre de patricios de segunda clase. De esta manera formaba ostensiblemente un partido, adhiriéndosele por medio de los honores. Tuvo su primera guerra con los latinos; tomó por asalto la ciudad de Apiola; trayendo de aquella expedición riquezas más considerables de las que podía esperar de una conquista tan poco importante; empleándolas en celebrar juegos más espléndidos que los organizados por sus antecesores. Entonces trazó el recinto que se llama hoy Circo Máximo, señalando en él puestos especiales para los senadores y caballeros, haciendo construir palcos sostenidos por andamiadas de doce pies de altura, á los que se dió el nombre de Foros. Consistían los juegos en carreras de caballos y combates de atletas, etruscos en su mayor parte unos y otros. Estos juegos pasaron á ser anuales, llamándolos Juegos Magnos ó Juegos Romanos. Este mismo rey hizo repartir á particulares los terrenos que rodeaban el Foro, con objeto de que construyesen en ellos pórticos y tiendas. Disponíase á rodear á Roma con una muralla de piedra, cuando aplazó su proyecto la guerra con los sabinos. Tan repentino fué el ataque, que ya habían cruzado el Anio antes de que el ejército romano pudiese salirles al encuentro y detenerles. Roma temblaba, y en la primera batalla hubo grande mortandad por una y otra parte, quedando indecisa la victoria. Pero habiéndose retirado el enemigo á sus campamentos, dió tiempo á los romanos para levantar nuevas tropas. Comprendió Tarquino que la debilidad de su ejército procedía de la escasez de caballería, y decidió añadir nuevas centurias á las tres formadas por Rómulo, los ramneses, ticienses y luceres, y honrarlas con su nombre. Como Rómulo había consultado los augures antes de organizar aquellas huestes, Ato Navio, el más célebre de aquella época, pretendía que no podía cambiar-

se ni aumentarse nada sin consultar los auspicios. Disgustó al rey la libertad del pontifice, y refiérese que le dijo, burlándose de su ciencia: «Consulta, adivino, los oráculos y dime si es posible hacer lo que pienso.» El adivino consultó el augurio y contestó afirmativamente. «Pues bien, dijo el rey, pensaba que tú cortases esta piedra con un cuchillo; cógela y haz lo que esas aves han declarado posible.» Cuéntase que Navio cortó sin vacilar la piedra. La estatua de Ato, representándole con la cabeza velada, encontrábase en el Comicio (1), en el punto donde ocurrió este hecho, á la derecha, sobre las gradas de la Curia. Dícese que también se colocó allí la piedra para consagrar perpetuamente la memoria de aquel prodigio. Lo cierto es que desde entonces adquirieron los augures tanta fama y tanta consideración su sacerdocio que, en adelante, no se emprendió nada, ni en guerra ni en paz, sin consultarles previamente. Las asambleas populares, el levantamiento de tropas, las deliberaciones más graves, quedaban interrumpidas ó se aplazaban si no las aprobaban las aves. Tarquino se limitó entonces á duplicar el número de la fuerza de las centurias, de manera que las tres formaban un total de mil ochocientos hombres; designándose á los incorporados últimamente con la palabra nuevos, añadida á la antigua denominación, pero actualmente, que están duplicadas, se les llama las seis centurias.

Aumentada así esta parte del ejército, batalló otra vez Tarquino con los sabinos, y empleando la astucia, á pesar del aumento de sus fuerzas, hizo prender fuego á considerable cantidad de leña, amontonada en

(1) Era el Comicio una parte del Foro, cerca de los Rostros, que conducía á la Curia. Llamábase así porque allí se celebraban los *comitia curiata*. Los cónsules primero, y después los pretores, administraban justicia en aquel paraje.

las orillas del Anio, arrojándola en seguida al río; el viento favorecía el incendio, y aquellos maderos, formando montones la mayor parte, marcharon hasta los pilares del puente y los incendiaron. Este espectáculo asustó á los sabinos durante el combate y fué obstáculo para su retirada cuando quedaron derrotados. Muchos de ellos, que escaparon de la espada de los romanos, perecieron en el río, y sus armas, que el Tiber arrastró hasta Roma, anunciaron la brillante victoria de Tarquino antes de la llegada del mensajero que llevaba la noticia. En aquella batalla casi toda la gloria fué para la caballería. Formada en dos alas, y viendo retroceder al centro de la infantería romana, cayó con tanto ímpetu sobre el flanco de las legiones sabinas, que no solamente las detuvo en el ardor de la persecución, sino que las obligó muy pronto á huir. Los fugitivos corrieron hacia las montañas, pero muy pocos pudieron guarecerse en ellas; siendo el resto, como ya hemos dicho, precipitado al río por la caballería. Persuadido Tarquino de que era necesario aprovechar el terror de los vencidos, envió á Roma el botín y los prisioneros; en seguida, para cumplir un voto hecho á Vulcano, prendió fuego á los despojos enemigos, reunidos en inmenso montón, y penetró en el territorio de los sabinos; quienes, á pesar de la derrota y de su poca esperanza de mejor fortuna, no teniendo por otra parte tiempo para deliberar, salieron al encuentro de los romanos con huestes levantadas sin orden y apresuradamente; pero destruyendo otra derrota todos sus recursos, les obligó á pedir la paz.

Los sabinos perdieron á Colacia y todos sus campos, dándose el gobierno de aquella ciudad y territorio á Egerio, sobrino de Tarquino. Los colatinos se entregaron con la siguiente fórmula. El rey preguntó á los legados de Colacia: «¿Sois vosotros los legados y oradores

que envía el pueblo colatino para someteros vosotros y el pueblo de Colacia á mi poder.—Si.—Es libre el pueblo colatino para disponer de sus destinos.—Si.—¿Os sometéis á mí y al pueblo romano, vosotros, el pueblo de Colacia, la ciudad, los campos, las aguas, las fronteras, los templos, los bienes muebles, todas las cosas, en fin, divinas y humanas?—Nos sometemos.—Y yo os recibo.» Terminada la guerra con los sabinos, Tarquino entró triunfante en Roma (1). En seguida dirigió sus armas contra los antiguos latinos, pero sin trabar con ellos batalla decisiva, sino que atacando sucesivamente todos los pueblos de su territorio, se apoderó de cuantos llevaban el nombre latino. Tomó á Corniculio, la antigua Ficulea, Cameria, Crustamerio, Ameriolla, Medulia y Numanto, ciudades que siempre habían pertenecido ó que se habían entregado á los latinos. Ajustada la paz, emprendió trabajos importantes dentro de la ciudad, desplegando mayor actividad aún que en las guerras que acababa de sostener. Vuelto el pueblo á sus hogares, no encontró en ellos más descanso que en los campos, porque Tarquino hizo continuar la construcción de la muralla de piedra, interrumpida por la guerra con los sabinos, y fortificó la ciudad en toda la parte desguarnecida. Como era difícil la salida de las aguas de los barrios bajos, alrededor del Foro y en los valles que existen entre las colinas, las recogió por medio de cloacas (2) que las recibían de estos puntos, como también de las alturas de la ciudad, lleván-

(1) Es la primera mención de un triunfo que se encuentra en Tito Livio, y muchos escritores atribuyen á Tarquino el origen de esta ceremonia; pero Dionisio de Halicarnaso y Platáco la remontan á Rómulo.

(2) Este monumento, el más importante de Roma según testimonio de Plinio, ha resistido al tiempo, como preveía el sabio romano.